del de sus risas de esposa honrada y del de sus besos de madre: voces, risas y besos derramados sin medida, como si sabedora Emilia de su fin prematuro, á ellos hubiera apelado para contrarrestar los progresivos olvidos implacables con que todas las cosas y todos los seres vamos por siempre enterrando más y más á nuestros muertos. Emilia continuaría presente en la memoria suya, de Salvador, pues por razón natural las chiquillas olvidaríanla antes; continuaría, como en los buenos tiempos desaparecidos, presidiendo á las inspiraciones del artista, á los cuadros por concluir y á los cuadros por nacer,—pero no desde el ángulo del diván en que por no interrumpirlo ni distraerlo mordía la aguja, afligida de que, por hombre é imperfecto, se debatiera ante las dificultades inconfesadas de no poder trasladar al lienzo, adecuadamente, la magia del color, y la gloria de la luz y de la vida... ahora presidiría, silenciosa y prisionera, mirando allá... allá... á las regiones serenas que nosotros no alcanzamos á ver con nuestro miope mirar humano, desde la tela en que por dicha suya su pincel la fijó desnuda é inmóvil. Y así como antes, en los buenos tiempos desaparecidos, habíale dado con su carne el amor y el espasmo, ahora, con los reflejos de esa misma carne, todavía más castamente, más serenamente, daríale lo que le faltaba para adueñarse de toda la gama de su arte: no sólo la magia del color y la gloria de la luz y de la vida, que él ya creía poseer hasta donde grandezas tamañas se poseen, ¡no!, daríale ahora también, ¡desde allá!..., la gloria de la sombra y de la muerte.

Por ser en la mañana la hora de la cátedra—de nueve á diez y media—y por la distancia que separa la academia de las calles de los Flores, hubo que reformar radicalmente el pernicioso régimen á que Salvador y sus hijas se

abandonaron á raíz del fallecimiento que los enlutaba, las levantadas tarde, el desorden en las comidas, la libertad de las pequeñas y el vagar del artista. A contar del día de la clase inaugural, los habitantes de la casita se sistematizaron: abriéronse muy temprano ventanas y puertas; por las habitaciones, el sol y el viento penetraron á su antojo y hasta de melancolías limpiáronlas, las melancolías persistentes que habían permanecido pegadas á muebles y muros, como asfódelos ó parietarias; á buena hora, la escoba gruñó su intermitente áspero canto de cigarra; el plumero hendió los aires con sus plumas mustias, simulando pajarraco entumecido que no pudiera tender el vuelo; y del baño en que las niñas se aseaban entre chillidos y risas, por los corredores, y por el jardincillo del patio, oyóse saltar el agua con glú-glúes jubilantes de gitana libertada al cabo de una prisión injusta y corta. En el estudio—en el que Salvador aguardaba el aviso de que el desayuno estaba servido, hojeando, para matar el tiempo, estampas y esbozos arrumbados en carteras viejas,—traíase el sol alborotos de granuja que todo lo quisiese ver y palpar. Tan luminoso y alegre mirábase el taller, que Salvador pudo, por la vez primera en más de un mes, contemplar á sus anchas y sin los negros pensamientos con que solía, el incompleto retrato de Emilia, desnuda en la tela, erguida en el caballete, de espaldas á todas las curiosidades y en cuyo torso parecía que el sol se detuviera con especiales complacencias compasivas, á fin de que, por obra de inaudito prodigio, el sabroso calor que derramaba en la carne del cuadro, fuera y calentara las horribles y heladas estrecheces de su sepulcro. La carne del cuadro casi vibraba con el beso de luz.

Sin embargo, algo amargó el parloteo de las niñas, durante el desayuno, el fantasma de la escuela á que ellas

también iban á concurrir esa mañana en calidad de alumnas recomendadas muy particularmente á la benevolencia de las institutrices, ya de suyo benévolas y honorables. Una escuela convencional y de mentirijillas, sin rótulo afuera ni programas adentro, á cargo de una viuda anciana y de sus dos hijas, no jóvenes ni agraciadas por cierto, pero más valientes y luchadoras que muchos hombres de los que se pavonean por ahí alardeando de serlo. Sumidas en la habitación interior de una casa baja de tres viviendas—muy próxima á la alameda de Santa María,—manteníanse de coser para tiendas y contratistas del vestuario de la tropa, y como jugando, por un módico estipendio, enseñaban las primeras letras (á la antigua: ¡silabario y doctrina coreada!) á algunos arrapiezos de los contornos. Las tres mujeres habían conocido á Emilia cuando la trasladación del pintor al nuevo barrio, y aun con ella charlado algún domingo en el atrio de la parroquia de San Cosme, al concluir la misa de las diez, ó á la salida de la novena que en la capilla de Los Josefinos rézase por Nuestra Señora del Consuelo, patrona del templo y muy venerada imagen de la colonia. Una ocasión obligáronla á entrar, á la casa de ellas, para que descansara; y de ellas y de la pobre casa partió Emilia prendada.

—Si vieras qué interesantes son y qué sencillas—le dijo á Salvador.—Les he prometido que tu irías á visitarlas conmigo, y que cuando éstas *(por Evangelina y Magdalena)* crezcan un poquito más, se las mandaremos para que nos las enseñen á leer...

Pero el propósito nunca pasó de tal, de uno de tantos cuya ejecución vamos posponiendo hasta que se olvidan; y si no es por la cátedra de Salvador, por la necesidad que aparejada llevábale de desertar su domicilio por las

mañanas, quizá no hubiera vuelto ni á recordar la existencia de las maestras, «las señoritas», según en la vecindad apellidábanlas. Identificándose como «el viudo de Emilia», estuvo á verlas, y con cariño tan manifiesto habióles de su esposa muerta y les recomendó á sus hijas, que las tres almas sencillas que lo atendían, simpatizaron de veras con su duelo y desde luego comprometiéronse á tratar á Magdalena y Evangelina con exceso de mimos y ternura.

En tanto la visita se prolongó, no pudo substraerse Salvador al contraído hábito profesional de acumular en su experta retina, habituada á este ejercicio, lo más posible de colores y claro-obscuros de estancias decoradas y mueblajes, por fementidos que ellos fuesen; de contrastes, rasgos salientes y características de pergeños é individuos.

Quien más lo atrajo fué la anciana, por su fisonomía moral y por su fisonomía material; acusaba en ésta un aseo grandísimo de su persona, algo encorvada ya y apenas tirando á gruesa. Sentada en silla baja, de costura, su cuerpo vestido de un luto riguroso surgía de entre las piezas desdobladas de género blanco que sin duda cortaba al entrar Salvador; sobre su pecho flácido por los años, sin curvas femeninas, caíanle un pañuelo de seda sujeto con un medallón de retrato, un Crucifijo monástico de bronce, y unos espejuelos baratos y corrientes, con estambre en sus resortes para que no molestara su presión en la ternilla. La barba, carnosa, con tendencias á papada; sin un solo diente la boca, y, ello no obstante, agradable á la vista; la nariz, afilada; los ojos, en camino del fondo de sus cuencas, sin pestañas, los párpados cansados y las cejas sombreando aquellas ruinas. La frente, con hondas arrugas múltiples, de terreno muy surcado por el arado de las

preocupaciones y de las tristezas, y en la cabeza, las canas alisadísimas y divididas por una ancha raya: hilos é hilos de plata pura que en madeja anudábanse hacia atrás; toda la persona respirando bondad y mansedumbre, no espontánea, sino adquirida, las pasiones domeñadas, una piadosa conformidad discreta con cuanto de bueno y de malo nos acaece aquí abajo. Y nada de silencios poco sinceros, ó exclamaciones mojigatas, ó palabras y sentencias sibilinas, al contrario, una naturalidad encantadora, un oportuno reir y un atinado terciar en el diálogo que sus hijas sostuvieron con el artista.

Las pocas alumnas del plantel, que asistían al ajuste y á las recomendaciones en obsequio de las futuras educandas, advirtió Salvador que se manifestaban contentísimas: leyendo unas, de barriga encima del albeante entarimado, en el que hincaban los codos mientras los dedos de sus manos ora entrábanse en las ventanillas de las narices sonrosadas y gulusmeantes, ora en las boquitas entreabiertas y color de granada; otras cosían, en sus «dechados», meciéndose en enanos asientos de paja, muy cruzadas de piernas, en posturas de delicioso impudor infantil; otras, entraban y salían, habla que te habla á solas ó al montón de trapos que arrullaban entre sus brazos, á guisa de rorros; y un par de diablillos, varones, á un lado y otro de la anciana, disputábanse á tirones la posesión y momentáneo usufructo de los espejuelos...

Y eso, eso era lo que Salvador buscaba para sus hijas, que á nada las obligaran, que no se las atormentasen antes de tiempo con aprendizajes imposibles; que las dejaran jugar, charlar, reir, aunque entre juego y risa se les fueran grabando, insensible y lentamente, las letras del alfabeto, y los números, y el cómo se hacen las sílabas y las palabras... ¡estas indispensables palabras maldecidas!

A punto de marcharse, Salvador descubrió colgado sobre una cómoda, y entre diversos santos y santas de litografía, el retrato de un oficial subalterno del ejército de línea, en fotografía borrosa de tamaño «imperial», dentro de marco con vidrio. Abajo, y sin que pudiera saberse si era por los santos ó por el imberbe teniente, chisporroteaba una lamparilla de mariposa, y en dos frascos de mostaza francesa sin brevete, marchitábanse dos manojos de flores recién cortadas.

—¡Es Ricardo, mi único hijo hombre!—le explicó la anciana que había seguido la mirada de Salvador.

Y Salvador vió pasar por los semblantes de las hijas tristísima nube de dolor; por el semblante de la madre—tan próxima al morir—un rayo de amorosa alegría, una esperanza de inmediata reunión de espíritus, lejos de esta tierra bárbara y de estos hombres fratricidas que nos matan á nuestros hijos, á todo lo que amamos más, y se lo llevan á las tumbas y á los gusanos.

—Me lo mataron muy joven—continuó la anciana en medio del silencio que había invadido la estancia,—cuando el pronunciamiento de la Ciudadela...

Ante la evocación del fúnebre drama ignorado, las tres mujeres callaron; una de las dos hermanas ocultó su turbación examinando la aguja de la abierta máquina de coser; la otra, levantando del suelo un pedazo de trapo, que en el suelo volvió á dejar; y la anciana, cuya maternidad inagotable persistía á través del tiempo y de las vicisitudes, atrajo á su regazo—exhausto ya de savia, pero quizá en memoria del hijo ausente en la muerte—las cabecitas rizadas de los dos diablillos que la asediaban y en él se acomodaron gustosísimos, como en molde hospitalario, cariñoso y fuerte para su infancia frágil...

—De consiguiente—perorábales Salvador durante el desayuno á Evangelina y Magdalena, después de haber pintado con muy grato colorido á las que iban á ser sus maestras,—no hay que apesadumbrarse, ¡ea! ¡Ríete tú, Magda!... Y tú, Eva, ¡alza la cara!, que no me gusta verlas afligidas... Aquello no es colegio, ni muchísimo menos; no hay castigos, ni tarea, ni regaños; si quieren, aprenden á coser ó á leer, ó las dos cosas; si no quieren, no aprenden nada, no me dan puntada ni me abren silabario, que tiempo sobra, más adelante... Van y juegan, con los otros niños... vaya, y si dentro de una semana ni así se hallan contentas, las saco y se me quedan aquí, en su casa, suceda lo que suceda... ¿Les parece?... ¿Sí?... Pues andando, que van á dar las ocho; iré á dejarlas yo mismo y tomaré el tranvía que sigue, me es igual...

La despedida en forma fué en la reja del jardín, á cuyo fondo estaba el colegio famoso. Salieron las maestras á recibir á las recién llegadas, que no se decidían á soltar á Salvador, medio agazapado para mejor alcanzar á los rostros de sus hijas, en los que estampaba más besos aún de los que las dos criaturas le prodigaban abrazadas á su cuello. Ante la extrañeza de las dos señoritas solteronas—muy sorprendidas de que la brevísima separación diaria de unas cuantas horas originárales á las niñas y á su padre extremos tamaños,—Salvador tuvo una tirada filosófica, dicha mitad en broma, mitad en veras, mientras él se serenaba y las niñas desasíanse al fin de sus manos: aunque nuestra existencia no sea sino una serie de separaciones de personas y objetos, nunca nos conformamos con ellas, ni con las pasajeras, que son las más, entre otras causas, porque el menor accidente inesperado é improbable, puede convertírnoslas en definitivas...

—Algo han de saber Uds., pues de estas cosas todos

sabemos, por lo cual, lejos de que mi proceder les extrañe, compadézcanme y cuiden mucho de mis criaturas... Hoy he amanecido tierno.

Y riendo se alejó, detúvose á unos pasos para encender un cigarro, y todavía de la plataforma del urbano se despidió del grupo, con el sombrero y grandes reverencias, cómicamente.

Mecido por el rápido rodar del tranvía—á esas horas tripulado por los empleados y empleadas en el comercio y en oficinas del Gobierno,—de ver tanto rostro halagüeño vuelto al vecino de asiento en animada charla, ó inclinado sobre los diarios matutinos que abrían y doblaban con apagado rumor, ó contemplando por los ventanillos, plácidamente, la huída en contraria dirección á la del tranvía, de las casas, de las calles, de los árboles, de los postes del alumbrado, de los transeuntes y vehículos, sentía Salvador como un íntimo contento que lo rejuveneciera y sin fundamento lo alegrara, un placer meramente animal de respirar y de vivir, de saberse viril y sano, independiente y artista. Miraba á los pasajeros, á las calles—hasta los anuncios impresos, del techo del wagón,—y la sangre circulábale más contenta cada vez; el cerebro, allá en sus alturas, andaba acarreándole muy satisfecho, para el discurso inaugural de su cátedra, unos principios y unos finales de frases oratorias que, así, pensadas, sonaban harmoniosamente á ovación y victoria. Todo atribuíalo al poético encanto de las mañanas diáfanas y ebrias de luz de este portentoso valle en que se alza nuestra vetusta ciudad de México, cuando nada oculta las crestas de las azules serranías que lo limitan ni la nevada cima de sus volcanes, graves y pensativos, en el horizonte lejano. Tan abstraído dejábase llevar, que no habría podido decir á punto fijo cuándo comenzó á mirar con involuntaria insistencia la

cara y el cuerpo de la preciosa muchacha que le quedaba enfrente y que Dios sabe en qué esquina montaría. Cuando de su terquedad se percató—con la que había obligado á la chica á no moverse ni levantar los hermosísimos ojos negros por no topar con los de Salvador,—Salvador apartó los suyos, marcadamente, y á hurtadillas púsose á determinar lo que antes viera sin criterio. Nada, una muchacha guapa, guapísima, pobremente vestida, pero con la coquetería y natural aliño en hembra joven y agraciada; seria, muy seria, y camino, al parecer, de su trabajo.

—¡Qué bocado!—pensó luego de detallarla con discreción; y aunque en ese propio instante el recuerdo de Emilia aleteó en su memoria, no experimentó el pintor ni asomos de remordimiento—circunstancia que le chocó,—antes cierta confianza mental de que no obraba reprobadamente al admirar y codiciar aquella juventud que al paso salíale y tentábalo con sólo mostrársele; cual si Emilia fuese la primera en comprender que los muertos no pueden estorbar el que los vivos se encuentren y se quieran, ni tomar á infidelidad ó á ofensa lo que no es sino estricto cumplimiento de suprema ley... Argucias, sofismas de macho habituado á amar, que, de súbito, quédase libre y á solas, é instintivamente torna adonde lo guía el genio de la especie.

A partir de la esquina de Santa Isabel principió el descenso de pasajeros, con el de los empleados en la compañía de teléfonos: un pequeño grupo, formado más de mujeres que de hombres, saludándose sin entusiasmos conforme convergían al zaguán del inmueble, desconsolados y mohinos de antemano ante la infalible perspectiva de monótona labor que despiadadamente alarga el discurrir de las horas y no consiente, por su especial índole, hurtarse unos

minutos de esparcimiento y ocio. La muchacha permaneció en su sitio: no trabajaba en los teléfonos.

Moderaba el tranvía sus andares á causa del aumento de tráfico con que se congestionan las calles céntricas de la ciudad, y en cada nueva esquina deteníase á soltar más pasajeros. En la del callejón de Santa Clara se apeó la muchacha, no sin cerciorarse previamente, con la habilidad que su sexo sabe desplegar para hacer eso y cosas más arriesgadas sin comprometerse en lo mínimo, de si su admirador continuaba admirándola; irguió el airoso talle provocante de mujer núbil y bella, y so pretexto de recogerse la falda del vestido, para bajar, se convenció de que Salvador mirábala embelesado y con la vista la seguía en tanto el tranvía y ella también echaban á andar, el cuerpo de la chica cimbrándose cadenciosamente por la acera, con suaves ondulaciones de fruto maduro.

—¡Real moza!—díjose Salvador á sí mismo. Y, sin gradaciones, volvió á pensar en su cátedra y en su discurso; aunque por algunos segundos todavía vibró en su retina la silueta voluptuosa.

Al doblar el tranvía la curva de Tacuba y el Empedradillo, estalló en la Catedral el repique á vuelo de las ocho y media; tenía tiempo para bajarse hasta el kiosco de los urbanos, cruzar en toda calma el jardín de la Plaza de Armas y llegar á la Academia costeando Palacio por la calle de la Moneda. A media Plaza iría, deleitado con el hormigueante espectáculo del jardín y sus afueras, inundados de sol, movimiento y ruido, cuando escuchó toques de cornetas y redoblar de tambores, frente á Palacio, y vió, dándole á él las espaldas, una doble fila de soldados en irreprochable alineamiento, armas y galones despidiendo destellos tan vivos, que, á la distancia, simulaban héroes—¡de regreso de quién sabe qué conquistas y victo-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1625 MONTERREY, MEXICO

rias fantásticas!—á los que el sol nimbara de oro, con regia aureola de recompensa.

Era el diario cambio de guardias que van á tomar el santo y seña, á que las revisten, para encaminarse luego á sus cuarteles, á pie todos, artilleros, dragones é infantes, encabezados por sus bandas que regulan y ritman, al enérgico compás de sus notas marciales, la marcha viril de esos fragmentos de ejército. Apresuró el paso Salvador á fin de no perder tal desfile—del que había gustado desde estudiante sin nunca desperdiciarlo cuando por acaso lo pillaba la hora en cercanías de Palacio. Casi completo lo alcanzó, al tronar la voz de mando del coronel:

—¡Guardias, á sus respectivos destinos!...

La inmensa columna compacta se desagregó serpenteando á modo de amaestrado reptil monstruo, que antes de resolverse á atacar ó á huir, desperezárase y moviera sus púas y escamas metálicas.

...allá iban, apuestos, macizos, hermosos en su conjunto; sueltos los ademanes y el mirar alto; al hombro los fusiles, los rifles y los sables, que, como espejos relucían por sobre el obscuro tono de los uniformes y la opacidad de correajes y cartucheras; coronados por las manchas blancas de los paños de sol de los schacós y por los erectos pompones rojos de los kepis; las teces, amarillentas, imitando bronce antiguo, diciendo á gritos que eso eran los hombres, eso, bronce puro para las fatigas, para el dolor y la muerte de las batallas.

...allá iban, disciplinados, mudos, con irresistible ímpetu de masa obediente y ciega á la que nadie contiene ni nada ataja, á menos de no despedazarla.

...allá iban, á sus cuarteles, con rumor de elemento en marcha, roncamente martilleando los adoquinados sonoros con su andar firme y casi mecánico; á la cabeza de los

destacamentos, las bandas de trompetas y tambores, las bandas de clarines, á las que precedían los granujas y golfos desarrapados, los canes de tropa, ariscos y serios, mientras en los aires se desgranaban las notas brillantes de los paso-dobles triunfales...

Salvador también redobló el suyo, que ahora sí que se le hacía tarde por haberse estado bobeando como un chiquillo cualquiera frente á espectáculo tan trivial y repetido. No podía remediarlo: la vista de la tropa removíale sus fibras más sensibles y elevadas; que sé yo qué himnos de esperanza cantábanle por dentro las fanfarrias y los desfiles militares; y lo que es la bandera, el pedazo de trapo que valiente y devotamente llevan en alto los alféreces á ella unidos por solemnes esponsales de vida y de honra, esa bandera que tantos recuerdos de sangre cobija entre sus pliegues y á la que tantas luchas aguardan todavía, para Salvador simbolizaba la Patria en que ya no creen los que sólo á la Ciencia adoran, el enjambre de retóricos que la tratan con irritante superioridad compasiva, cual si fuese un viejo recuerdo deleznable á punto de caer y tornarse polvo.

Y se le antojó halagüeño augurio el que hasta las puertas de la Academia lo acompañara el eco de las marchas que se desvanecían conforme alejábanse. A su vez, él triunfaría en el aula, con la paleta y los pinceles; su misión, su profesorado estimulábanlo, le comunicaban energías poderosísimas. A su vez iba al asalto, á la lucha, al más noble de los sacerdocios: enseñar arte, á que un puñado de juventudes entusiastas aprendiese, con su voz y ejemplo, á amar la belleza.

Todo trémulo de emoción entró en la Academia, bien acompañado del recuerdo de Emilia, que inopinadamente se le posó en la memoria é igual á esos pájaros cantores

que sin que se sepa por dónde entran ni por dónde salen pósanse en las largas ventanas góticas de las viejas catedrales, y en los solemnes instantes de la elevación de las hostias—prosternados todos los fieles y de rodillas todas las almas—lanzan por las bóvedas sus mejores gorjeos, repetíale la dulce promesa de las horas negras, de desaliento: «De profesor has de ir á tu Academia, ¡ya lo verás!»

Y de verlo ahora, no daba crédito á sus ojos, que luego de saludar al conserje—un antiguo conocido,—entrecerró, para que no se le escapara el alado recuerdo de su muerta...

Muy grata sorpresa tuvo al comenzar á subir la espaciosa escalera conventual del edificio: en la meseta aguardábanlo muchos de los profesores, sus amigos, y el grupo de alumnos que serían sus discípulos en seguida; al verlo subir, lo saludaron con salva de aplausos. Conmovido y recobrando el sentido de lo real, Salvador se quitó el sombrero y fué estrechando con la diestra tendida una porción de manos que le oprimían la suya efusivamente.

—¡No, no aplaudirme todavía, todavía no!... Hasta que no triunfemos, si es que triunfamos; hasta fines de este año: hasta fines de los tantos años que necesitamos para triunfar!...

Con el grupo confundido, acabó de ascender, simbólicamente, hasta arriba, hasta la meta, hasta donde los peldaños de la escuela llegaban; lo restante, lo que de la ascensión faltaba, treparíalo también, en las alas de su talento y en las del cariño de sus discípulos, desligado de convencionales preceptos, de la estrecha sujeción ignara á los cánones ministeriales á que se sujeta la mayoría de los profesores por no perder la pitanza conquistada, las más de las ocasiones, menos por los méritos propios que por dudosos influjos ú otros amaños. Él ascendería, acabaría la dificilísima ascensión de la escala santa, seguido de unos

cuantos enamorados del arte, como él mismo, de los pocos discípulos que resultasen artistas de verdad y que á pesar de lo ingrato del medio, por alcanzar el ideal en las regiones misteriosas y serenas donde palpita, resueltos lo persiguieran.

Y al inaugurar su cátedra, algo por el estilo díjoles; algo nuevo para los oídos atentos que simpáticamente lo escuchaban, aquel racimo de voluntades juveniles que al igual de todas las juventudes, vivían su fugaz vivir de rosas en intranquila y virginal espera del Mesías de su esperanza y de sus sueños; del peregrino de las rutas que deben recorrerse á fin de arribar á lo grande y á lo noble, aunque lo pequeño y lo vil—¡las zarzas del camino!—desgarre las plantas que vacilan; del descifrador de los misterios presentidos y ocultos que se divisan más allá de lo mezquino y de lo malo; del guía experto y valeroso que sabe conducir á término la incesante peregrinación de anhelos que á diario emprenden las juventudes sin malicias suficientes aún—no obstante su precocidad é inteligencia—para sortear los ataques traicioneros que en las encrucijadas de los bosques de este mundo traman y perpetran en su contra los lobos devoradores de esas confiadas Caperucitas de los cuentos.

El, Salvador, los conduciría; esforzaríase por desembarcarlos siquiera á la orilla de la Isla encantada á que enderezan sus pasos todos los artistas sin miedo que rumbo á ella hacen vela, no parando mientes en lo inseguro de sus embarcaciones; embarcaciones á las que la gente medrosa quedada en tierra—¡los más!—augura tormentas y naufragios, desde las solanas de sus enriquecidos presuntuosos é inmorales, desde las academias de sus sabios de cartel, desde los alcázares de sus gobiernos trágicos, y desde los corrales y guaridas donde los de Panurgo—¡la gran masa!—

van y rumian sus piensos sin curarse de nada elevado y luminoso, encogiéndose de hombros, de antemano censurando á esos temerarios, á esos irregulares é independientes que con algo en sus espíritus y en sus cerebros, persiguen la quimera, y á las veces le dan alcance, entre las nubes.

Tales embarcaciones, sin embargo, siempre arriban, porque el piloto que las conduce es la Fe y no admite á su bordo sino á los creyentes y á los bravos; porque son las carabelas históricas, las de los nautas heroicos, las tripuladas por los descubridores y conquistadores de los mundos nuevos, que llegan siempre y descubren y conquistan las tierras de riqueza y de ensueño—en las que después se instalan los de Panurgo, la masa, los gobiernos, los sabios oficiales, los enriquecidos... Y entonces, hay que embarcarse una vez más ¡donde la masa penetra el arte muere! hay que llegar á la Isla encantada que huye de las multitudes bárbaras... Y la peregrinación perdura, perdurará, es la perpetua cruzada para ir á defender y rescatar la Belleza, grande y eterna...

A empresa tamaña se va solo é inerme, sin corazas ni yelmos, desde un principio resuelto á no ser comprendido, á no lucrar ni ganarse la estima de las sociedades que adoran el Becerro de Oro y para todos los dioses levantan los Gólgotas; desde un principio resuelto á carecer hasta del pan y el agua indispensables para no sucumbir en medio de los desiertos de arena, ¡más benignos y hospitalarios con ser de arena!, que los populosos desiertos sin fin de indiferencia y de ignorancia; resuelto desde un principio á pelear mucho, á padecer espantosos desfallecimientos; cuando se vence, á sufrir censuras y envidias, odios y enconos de los compañeros rezagados ó impotentes, y cuando se zozobra, piedad fingida y sarcástica de los que con

nosotros se embarcaron y de los que nos vieron partir, allá, en los puertos abrigados y en las bahías tranquilas y azules...

Él, Salvador, se hallaba todavía á los comienzos del camino, unos cuantos pasos adelante de sus futuros discípulos, pero decidido á no detenerse:

—¿Querían seguirlo?...

Y los aplausos con que le respondió aquel grupo de juventudes delirantes, en pie sobre los bancos, aclamando al artista, ya famoso, que les sonreía desde la cátedra, apuntando con el brazo á las serenas y misteriosas regiones donde el ideal palpita, salvaron los muros de la escuela como bandada de palomas bíblicas partidas á difundir la buena nueva de que aún había en México amor y culto por la Belleza y por el Arte.